

LXXX.

Suicidio.

María no permaneció mucho tiempo al lado de su esposo. Creía estar convencida de su traicion y le corría prisa llevar á cabo el proyecto que habia madurado. Por otra parte, la luz del día se extinguió pronto en el taller del pintor, y este acostumbraba descansar de sus tareas leyendo el famoso libro de Job, cuyo sola vista provocaba la ira de su poco paciente mujer que no podia perdonarle á aquel pequeño libro la conformidad burlona que de él sacaba nuestro héroe en los tremendos disgustos que hasta entónces habian amargado los días de su matrimonio.

Mauricio no extrañó su ausencia, y mejor por costumbre que por necesidad, pues como nuestros lectores lo han visto María se habia portado con una moderacion fenomenal, tomó el libro y empezó á recorrer sus páginas á la luz de una lámpara de petróleo, esperando que la criada le llevase el chocolate que acostumbraba tomar á esa hora, para ir despues á

participar á Ramon la noticia de la nueva plancha que habia recibido, ya no para pedirle consejo sobre lo que debia hacer con ella, sino para oir los comentarios de su amigo y distraerse así un poco de los tristes pensamientos que le agitaban. Hay algo de sobrehumano en nosotros que parece advertir no que está á punto de acaecernos algo grave. Estamos seguros de que muy pocos de nuestros lectores habrán dejado de sentir una agitacion extraña la víspera de uno de esos acontecimientos terribles que nos sorprenden en medio de la uniformidad de la existencia, y en los momentos en que eran todavía un misterio para ellos. El inmenso placer ó el supremo dolor se hacen preceder siempre de esos heraldos vaporosos que anuncian de una manera vaga el acontecimiento que está á punto de decidir de nuestra suerte ó á influir muy poderosamente en ella.

El chocolate no parecia y la lectura se alargaba. De buena gana habria llamado Mauricio á la criada para advertirle que ya era tiempo, pero el pobre pintor no era dueño de hacer la menor cosa sin provocar la cólera de María, y no estaba muy seguro del arrepentimiento de esta para aventurar una orden á la maritornes, que podria haber tomado la señora de la casa, como lo tenia de costumbre, por un reproche indirecto á ella.

Aguardó, pues, y por la milésima vez recorrió aquellas páginas, y por la milésima vez tambien pensó que calumniaban al buen Job los que le ponian por modelo de paciencia y de resignacion.

Un grito agudo que resonó en la pieza inmediata le hizo suspender sobresaltado su lectura. Tomó la lámpara y se precipitó hácia el lugar de donde habia partido el grito.

Un espectáculo horrible le aguardaba.

María tendida cuan larga era en el suelo de la habitacion se agitaba con espantosas convulsiones. El pintor dejó la lám-

para sobre el primer mueble que encontró á mano y corrió hacia su esposa á la que en vano trató de levantar del suelo; pudo, sin embargo, alzarla lo suficiente para colocar su cabeza sobre su propio pecho y sostenerla, arrodillado, de manera que no continuara azotándose en el pavimento.

—Me muero!—decía María con voz ahogada—¡perdóname Mauricio!

Nuestro héroe se hallaba en uno de aquellos momentos en que la sorpresa embarga los sentidos. No sabia lo que era de sí mismo; veía á su esposa sufriendo un infierno, oía sus palabras de resignacion y de humildad, y no hacia movimiento alguno, no acertaba á tomar una determinacion que detuviese los estragos que la muerte hacia en aquella mujer que le habia amado, ni encontraba una palabra que contestar á las que ella pronunciaba con desfallecida voz.

—Pero que tienes?—dijo al fin como saliendo de un vértigo tenebroso.

—Nada—contestó la pobre mujer—nada, me muero, te dejo libre, perdóname el mal que te he hecho y acuérdate que he tratado de repararle con mi muerte.

Cada una de estas palabras entrecortadas por el estertor de la agonía penetraban como un frio puñal en el corazon de Mauricio.

—¡María!—murmuró con voz trémula—¡María! ¿qué es lo que has hecho?

María entreabrió los párpados, fijó sus apagados ojos en los del pintor, le estrechó convulsivamente la mano, señaló el cielo, exhaló un profundo suspiro, y su cuerpo sacudido por un estremecimiento mas fuerte adquirió la rigidez de un cadáver.

—¡María!—gritó el pintor desesperado—¡María!.....no me oye—continuó con amargura—¡muerta.....tan pronto!.....

¿qué es esto, Dios mio?.....¿que te he hecho para negarme así toda felicidad?

Inclinó la frente y permaneció un instante abismado ante aquella muerta cuya cabeza se apoyaba sobre su corazon.

Un ruido inusitado de voces y de pasos le sacó de su abismamiento; levantó la vista y se encontró rodeado de personas extrañas y completamente desconocidas para él. Eran los vecinos á quienes Simona habia ido á convocar. La criada oyó como Mauricio, el grito de María, la habia visto como él agitándose en las convulsiones de la agonía, y sin aguardar órdenes de ninguna especie habia salido en busca de un médico teniendo cuidado de alborotar de paso al vecindario diciendo á quien queria oirla que se moria su ama y que quedaba sola con el señor.

Como todo habia pasado en un instante, los vecinos que se apresuraron mas por curiosidad que por afecto, á penetrar en la habitacion del pintor llegaron en el momento en que todo habia concluido ya para María.

A poco entró Simona con el facultativo que se informó de los síntomas de la enfermedad, tomó el pulso de la muerta, aplicó el oido á su pecho y declaró que la ciencia nada tenia que ver allí, que aquella mujer era cadáver.

Algunos vecinos caritativos trataron de arrancar á Mauricio de aquel lugar, y le condujeron no sin trabajo á la pieza que le servia de taller.

Otros colocaron á la difunta en la cama previo despojo de colchones y cobertores, encendieron tres velas de cera que Simona habia ido á proporcionarse á crédito en la tienda inmediata, y abrieron la vidriera que daba al corredor.

El rostro del cadáver no presentaba aún huellas de envenenamiento. María, cuya antigua profesion de modelo de la Academia le habia permitido conocer las perniciosas propieda-

des de algunas sustancias que usan los pintores, se habia aplicado una dosis respetable de azul de prusia. Su muerte habia sido casi instantánea, pero dolorosísima; el veneno le habia abrasado las entrañas.

Poco á poco fueron retirándose los vecinos hasta dejar solo á Mauricio en el taller, y dos ó tres mujeres permanecieron con Simona en el cuarto mortuario velando á la difunta.

El pobre pintor sorprendido y atónito creia que cuanto le pasaba era un sueño, y con la cabeza entre sus manos se le habria tomado por uno de los manequés de su taller, si los sollozos que le ahogaban no agitaran de vez en cuando la parte superior de su cuerpo. Así pasó gran parte de la noche hasta que un acontecimiento extraño fué á probarle que el destino no se habia cansado aún de perseguirle.

## LXXXI.

## La aprehension.

Durante las primeras horas de la noche que sucedió á la muerte de María, gran número de vecinos de los que no se habian hallado en la casa á la hora del acontecimiento visitaron el cuarto mortuario; algunos dijeron breves oraciones arrojándose frente al cadáver, otros tomaron de una vasija que se hallaba al pié de la cama agua bendita y rociaron con ella á la pobre muerta; otros, y fueron los mas, se conformaron con verla estúpidamente y se retiraron á sus habitaciones respectivas.

Serian las diez y media cuando seis hombres de traje decente se agruparon en la puerta y murmuraron algunas palabras que Simona no pudo comprender. Uno de ellos, de fisonomía adusta y de traje mas descuidado que sus compañeros, se introdujó al cuarto, tomó un poco de agua bendita y se disponia á arrojarla sobre el cadáver, cuando dió dos pasos atras, con el asombro pintado en el semblante, y se dirigió apresuradamente á la puerta.